

22 DÍAS EN LA SIERRA

ADELA

Cuando era chica, ayudaba a mis papás, que eran agricultores. Tenía cuatro hermanos, yo era la única mujer, pero no por eso tenía privilegios ni ventajas. Vivía en el Porvenir de Bachi-niva, Chihuahua. Allí siembran maíz, frijol, calabaza, zanahoria, tomate, chile jalapeño y papa. Hasta en el jardín sembrábamos lechuga y betabel. En el campo también se dan la bellota, los piñones y toda clase de yerbas medicinales.

Cuando se acababa la temporada de sembrar y cosechar, ya no había trabajo. Entonces la gente subía a la sierra a bajar vigas, tableta y leña para vender, aunque sabían que si los agarraban, podrían ir a la cárcel o tendrían que pagar una multa alta, porque no se podía traficar con la tala de árboles. Pero la necesidad económica era más grande que el miedo. Salían a las cuatro de la mañana a cargar leña en el carro de mulas para tener un dinero extra. También hacían adobes para vender. Teníamos recursos naturales para explotar, pero también tenían que sobrevivir a las inclemencias del tiempo, porque había años en que se perdía la cosecha si helaba antes de que madurara la semilla. Fueron tiempos muy duros; éramos demasiado pobres. Aun haciendo toda clase de trabajos, no había dinero suficiente. Nunca sobraba, al contrario, siempre vivíamos al día, con muchas limitaciones.

Recuerdo que cuando era tiempo de piñones (se dan cada seis años), nos íbamos a la sierra para la pizca. Nos preparábamos

con comida, ropa, costales y botes para juntar en los pinos. Con el carro de mulas entrábamos en las montañas. Durábamos veintidós días acampando. Por el camino nos poníamos a cantar, a ver los conejos, coyotes y venados que bebían agua, los patos que nadaban en las lagunas.

¡Era tan bonita la sierra! Estaba llena de árboles, cerros, pájaros de toda clase.

Calentábamos los alimentos en una fogata, sentados en piedras y platicando a gusto. ¡Hasta columpios teníamos en los árboles! Era divertido bañarnos en los arroyos y lavar la ropa chapoteando en el agua. Por la noche dormíamos alrededor de la fogata. Mi papá ponía un cabestro (una sogá muy rasposa y gruesa tejida con la crin de los caballos), supuestamente para que no nos fuera a picar una víbora, porque ellas no pueden atravesar la sogá, tienen la panza sensible y se pueden cortar. Eso es cierto.

Nos levantábamos muy temprano para aprovechar la mañana, mientras mi mamá nos hacía el almuerzo. A veces no había mucho piñón en el suelo y mis hermanos se subían a los pinos a moverlos para que cayeran. Juntábamos como cuatro botes de un litro. Nos hablaban para almorzar, descansábamos un rato, y luego íbamos a juntar leña para la fogata. Así pasábamos el tiempo en la sierra: veintidós días contábamos cuentos, jugábamos y nos la pasábamos contentos. Teníamos que juntar cuando menos diez botes diarios de piñón, y mi papá lo llevaba a vender a Cuauhtémoc para comprarnos ropa y zapatos.

Allá, arriba de la sierra, había una tubería de un pozo natural para bajar agua que servía para tomar o para bañarnos. El agua llenaba una laguna que se llamaba Las Varitas. Se juntaba gente de todas partes para la pizca de piñón, nunca estuvimos solos en las noches, pues se reunía la gente a platicar, a conocerse, y los niños a jugar. Esos veintidós días de estar en la sierra fueron muy padres porque no nos aburríamos. A veces teníamos

miedo. Las noches son muy oscuras y se oían los aullidos de los coyotes, las risas de las hienas, el quejido de los búhos, pero en la oscuridad se veían las estrellas más bonitas, eran como foquitos parpadeando parecidos a los de Navidad.

Todos los días veíamos los atardeceres sentados en una lomita. Entre los pinos entraban los rayos del sol como pedazos de tela rasgados, los reflejos en los arroyos eran como vidrios de colores, los sapos brincaban alegres de piedra en piedra. También las luciérnagas aluzaban las aguas cristalinas y los grillos con sus cantos alegraban la noche. Se acababan los días en la sierra y regresábamos muy contentos y relajados. Sabíamos que todo lo que juntábamos era para nosotros: tendríamos ropa y zapatos nuevos.

Por fin en casa, a dormir en una cama calentita y descansar.

Instituto Municipal de la Mujer
Chihuahua, Chih.